

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



SIN MÁSCARAS

La niña desbordada de ansiedad apenas pudo terminar de ponerse su disfraz. Cuando por fin se colocó la máscara de raso bordeada de brillantina con un grito descargó toda esa energía acumulada.

Vivir esos días donde se jugaba a ser otro le permitía sentirse misteriosa, invencible, inalcanzable.

Se perdía ingenua y feliz entre los rojos diablos, entre gitanas adivinando la suerte con moneditas falsas, entre payasos de zapatos enormes y bolas coloradas como nariz, entre colombinas orgullosas de sus trajes caseros. Ese parecer frágil como una pompa de jabón no la preocupaba.

Llevar un disfraz le llenaban el corazón de buenos sentimientos porque sentía que podía emular a personajes justicieros como El Zorro, quien con un antifaz negro hacía fascinante sus actos de arrojo de dar a cada uno lo que verdaderamente le pertenecía o como el personaje del libro El hombre de la máscara de hierro, que de casualidad llegó a sus manos, donde cada línea, cada párrafo, cada capítulo hacía que palpitara alocadamente su corazón y sentir suyas las vicisitudes del personaje principal. Ya no era un simple antifaz de cartón o de tela, sino una máscara de hierro que ocultaba para siempre el rostro de quien era y no debía ser. Esta historia le provocó una fuerte compasión por los que sufren injustamente.

Rápido pasaron esos tontos delirios de juventud porque fue necesario afrontar el carnavalesco carrusel cotidiano y tuvo que aprender como debía cubrirse para protegerse.

Trabajar en una oficina céntrica era un buen comienzo:

—Esta noche me gustaría que aceptaras cenar conmigo.

—Sería lindo. ¿Vendrá su esposa?

—Cómo se te ocurre. Mi esposa es mi esposa y vos ni siquiera la tenés que nombrar.

—Que pena. Me hubiera gustado conocerla.

—Ni pienses que esto va a quedar así. Necesitas el trabajo entonces sabrás como comportarte. Su madre con intacta sabiduría sentenció se le cayó la careta al muy cretino pero no le quedó más remedio que deambular un montón buscando otro empleo.

Poniendo en práctica lo aprendido sobre la solidaridad se anotó para ayudar en uno de los tanto desastres que siempre afectan a los que menos tienen:

—Chica, cuando clasifiques las donaciones, las buenas prendas apartalas en este rincón, lo mismo con la mercadería y el agua.

—No me llamo chica, me llamo Inés y clasifico como me dijo mi supervisora.

—Me importa un comino como te llames y lo que te ordenó tu supervisora. Hacé lo que te pido y mañana paso a buscar los bultos. Recordá que te lo pido de buenas maneras, no quisiera utilizar otros métodos.

Este hombre no tenía nada que ver con aquellas máscaras fantásticas que con sus acciones reivindicaban la condición humana.

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



Fue duro comprender que, de una manera u otra, los seres humanos se ocultan detrás de caretas, reales o imaginarias. Lo más doloroso fue saber que detrás de máscaras angelicales se esconden seres oscuros, portadores de lágrimas y sangre, pero también descubrió con felicidad innumerables antifaces negros ayudando a los caídos para calmar su dolor.
Lástima que esta mascarada no sea como aquellas de su niñez.
Es el pasado. Enfrentar el mundo a cara descubierta es un gran desafío y hoy sabe que no está sola.

- Luz Montero -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba

